La anatomía del poder

JOHN KENNETH GALBRAITH

G
BIBLIOTECA GALBRAITH

Ariel ECONOMÍA

JOHN KENNETH GALBRAITH

LA ANATOMÍA DEL PODER

Traducción de J. Ferrer Aleu

Ariel ECONOMÍA

ÍNDICE

Unas palabras de agradecimiento 9
Prólogo 11

I. La anatomía del poder. Una perspectiva general 15
II. Poder condigno y poder compensatorio 29
III. Poder condicionado 41
IV. Las fuentes del poder. Personalidad 55
V. Las fuentes del poder. Propiedad 65
VI. Las fuentes del poder. Organización I 73
VII. Las fuentes del poder. Organización II 85
VIII. La dialéctica del poder I 93
IX. La dialéctica del poder II. La regulación del poder 103
X. La dinámica amplia del poder. El mundo precapitalista 113
XI. La aparicion del capitalismo 123
XII. El poder del alto capitalismo 135
XIII. La respuesta 147
XIV. La edad de la organización 157
XV. La organización y el Estado 171
XVI. El poder militar 187
XVII. El poder de la religión y la prensa 199
XVIII. Unas palabras finales. La concentración y la difusión del poder 211

Índice onomástico y de materias 221

1

Pocas palabras son utilizadas tan frecuentemente y con tan escasa necesidad, al parecer, de reflexionar sobre su significado como el poder, y así ha ocurrido en todos los tiempos. En asociación con la majestad y la gloria fue incluido en el definitivo espaldarazo bíblico al Ser Supremo; millones de personas lo siguen ofreciendo todos los días. Bertrand Russell aceptó la idea de que el poder, juntamente con la gloria, continúa siendo la aspiración más alta y la recompensa más grande de la Humanidad.[1]

Son pocas las conversaciones en que no se introducen alusiones al poder. De los presidentes o primeros ministros se dice que lo tienen o que carecen de él en la medida adecuada. De otros políticos se piensa que están ganando poder o perdiéndolo. De las corporaciones y las organizaciones sindicales se afirma que son poderosas, y de las corporaciones multinacionales que lo son peligrosamente. Los directores de periódico, los presidentes de las cadenas de radiodifusión y los más contundentes, resueltos, inteligentes o famosos de sus redactores, columnistas y comentaristas forman asimismo parte del poder. El reverendo Billy Sunday es recordado como una voz poderosa; ahora se le describe así al reverendo Billy Graham. Y también al reverendo Jerry Falwell; de hecho, parece haber sido tanto su poder como líder moral que algunos han pensado que está dando una mala reputación a la moralidad.

Las alusiones continúan. Estados Unidos es un país grande e importante; también la Unión Soviética. Pero es su poder lo

1. «De los infinitos deseos del hombre, los principales son los deseos de poder y gloria.» *Power: A New Social Analysis* (Nueva York: W. W. Norton, 1938), pág. 11.

que evoca la cita conjunta; son las grandes potencias, o las superpotencias. Gran Bretaña, que en otro tiempo fuera también una gran potencia, ya no es poderosa. Todos saben que Estados Unidos ha estado perdiendo recientemente parte de su poderío industrial en beneficio de Alemania y Japón. Jamás se piensa qué ninguna de ésas y miles de otras referencias al poder necesite explicación. Por diversamente que se utilice la palabra, se da por supuesto que el lector o el oyente saben lo que significa.

Y, sin duda, la mayoría lo saben..., hasta cierto punto. Max Weber, el sociólogo y científico político alemán (1864-1920), aunque profundamente fascinado por la complejidad del tema, se conformaba con una definición que rozaba lo elemental: poder es «la posibilidad de imponer la propia voluntad al comportamiento de otras personas».[2] Ésta es, casi con toda certeza, la percepción común: alguien o algún grupo está imponiendo su voluntad y su designio o designios a otros, incluidos los que se muestran reacios u hostiles. Cuanto mayor es la capacidad para imponer esa voluntad y lograr el designio pretendido, mayor es el poder. Por tener un significado tan común y elemental es por lo que el poder se utiliza tan frecuentemente con tan escasa necesidad aparente de definición.

Pero pocas cosas más acerca del poder son tan sencillas. En casi todas las referencias que a él se hacen late, sin ser mencionada, la interesante cuestión de cómo se impone la voluntad, cómo se obtiene la aquiescencia de los otros. ¿Es la amenaza de castigo físico, la promesa de recompensa pecuniaria, el ejercicio de la persuasión o alguna otra fuerza más profunda lo que induce a la persona o personas sometidas al ejercicio del poder a abandonar sus propias preferencias y aceptar las de otros? Esto debería saberse en cualquier referencia significativa al poder. Y habría que conocer también las fuentes del poder..., qué es lo que diferencia a quienes lo ejercen de quienes se hallan sometidos a la autoridad de otros. ¿En virtud de qué licencia tienen algunos el derecho a

2. *Max Weber on Law in Economy and Society* (Cambridge: Harvard University Press, 1954), pág. 323. Véase Reinhard Bendix, *Max Weber: An Intellectual Portrait* (Garden City, Nueva York: Doubleday, 1960), págs. 294-300. En otro lugar, Weber dice del poder que es la capacidad de una o más personas para «realizar su propia voluntad en un acto público contra la voluntad de otros que están participando en el mismo acto».

gobernar, sea en asuntos grandes o pequeños? ¿Y qué les hace a otros ser gobernados? Estas cuestiones —cómo se impone el poder, qué es lo que da acceso a los métodos de imposición— son las que aborda este libro.

2

Los instrumentos mediante los que se ejercita el poder y las fuentes del derecho a ese ejercicio se hallan relacionados entre sí de una manera compleja. El uso del poder depende, en parte, de que se mantenga oculto, de que su sumisión no sea evidente a los que la prestan. Y en la moderna sociedad industrial, tanto los instrumentos para subordinar a ciertas personas a la voluntad de otras como las fuentes de esta capacidad se hallan sometidos a un rápido cambio. Gran parte de lo que se cree con respecto al ejercicio del poder, derivando, como deriva, de lo que fue cierto en el pasado, es en la actualidad obsoleto u obsolescente.

Sin embargo, como observó Adolf Berle, el tema no es algo esotérico ni ambiguo. Nadie debe aventurarse en él con la impresión de que es un misterio que sólo los privilegiados pueden penetrar. Hay una clase de ciencia que trata no tanto de ampliar el conocimiento cuanto de excluir al ignorante. No se debe ceder a ella, y ciertamente no en un tema de tan gran importancia práctica como éste. Todas las conclusiones acerca del poder pueden ser verificadas contrastándolas con la evidencia histórica generalmente aceptable, y la mayor parte de ellas con la observación cotidiana y el simple sentido común. Será útil, sin embargo, tener presentes al principio los datos básicos del poder y avanzar así con una clara percepción de su carácter esencial..., de su anatomía.

3

De manera secular, el poder se somete firmemente a la regla de tres. Hay tres instrumentos para ejercerlo o imponerlo. Y hay tres instituciones o caracteres que conceden el derecho a su uso.

Da una idea de la superficialidad con que se ha analizado el tema del poder el hecho de que los tres instrumentos razonable-

mente evidentes de su ejercicio carecen de nombres generalmente aceptados. Hay que habilitarlos, y yo hablaré de poder condigno, compensatorio y condicionado.

El poder condigno obtiene sumisión por la capacidad de imponer a las preferencias del individuo o del grupo una alternativa lo suficientemente desagradable o penosa como para que sean abandonadas esas preferencias. Hay en el término una cierta resonancia de castigo, y esto transmite la impresión adecuada.[3] El galeote tenía una indudable preferencia por eludir su fatigoso trabajo, pero la perspectiva de los latigazos que le esperaban si remoloneaba con los remos era lo suficientemente desagradable como para garantizar el necesario, aunque también penoso, esfuerzo. A un nivel menos terrible, el individuo se abstiene de decir lo que piensa y acepta la opinión de otro porque la repulsa esperada es demasiado dura.

El poder condigno obtiene la sumisión infligiendo o amenazando consecuencias apropiadamente adversas. El poder compensatorio, por el contrario, obtiene la sumisión mediante el ofrecimiento de una recompensa afirmativa, mediante el otorgamiento de algo valioso para el individuo que se somete. En una fase anterior del desarrollo económico, como todavía ocurre en economías rurales elementales, la compensación adoptaba diversas formas..., incluyendo pagos en especie y el derecho a trabajar una parcela de tierra o a participar en el producto de los campos del propietario. Y, así como la repulsa personal o pública es una forma de poder condigno, así también la alabanza es una forma de poder compensatorio. En la economía moderna, sin embargo, la expresión más importante de poder compensatorio es, naturalmente, la recompensa pecuniaria, el pago de dinero por servicios

3. Me he tomado ciertas libertades en la selección y uso de este término. Conforme al estricto uso del diccionario, *condigno* tiene una relación adjetival con *castigo*. Un castigo condigno es, en sentido amplio, un castigo apropiado o merecido. Si fuera uno escrupulosamente pedante, la referencia aquí y en lo sucesivo sería al *castigo condigno*. Omito la primera de ambas palabras con la idea, que Lewis Carroll fue el primero en articular, de que se puede hacer que una palabra signifique lo que uno quiera, «ni más ni menos». Una tentadora alternativa habría sido poder «coercitivo», expresión utilizada por Dennis H. Wrong en *Power: Its Forms, Bases and Uses* (Nueva York: Harper Colophon Books, 1980). Su examen de la autoridad coercitiva (páginas 41-44) corre parejas, en líneas generales, con mi uso de *poder condigno*. No obstante, denota menos específicamente el instrumento al que el individuo (o grupo) se somete, el que provoca la sumisión.

prestados, es decir, por la sumisión a los designios económicos o personales de otros. En caso necesario, cuando la referencia al pago pecuniario transmita un significado más exacto, se utilizará este término.

Característica común del poder condigno y del compensatorio es que el individuo que se somete tiene conciencia de su sumisión..., compelido en un caso, y en el otro para obtener la recompensa. El poder condicionado, por el contrario, se ejercita modificando la creencia. La persuasión, la educación o el compromiso social con lo que parece natural, correcto o justo hacen que el individuo se someta a la voluntad de otro u otros. La sumisión refleja el comportamiento preferido; no se advierte el hecho de la sumisión. El poder condicionado, más que el condigno o el compensatorio, es central, como veremos, para el funcionamiento de la economía moderna y de la sociedad, tanto en los países capitalistas como en los comunistas.

4

Detrás de estos tres instrumentos para el ejercicio del poder se hallan las tres fuentes de poder, los atributos o instituciones que diferencian a quienes ostentan poder de quienes se someten a él. Estas tres fuentes son personalidad, propiedad (que incluye, naturalmente, los ingresos disponibles) y organización.

La personalidad es la cualidad del aspecto físico, la inteligencia, la facilidad de palabra, la certidumbre moral u otro rasgo personal que da acceso a uno o más de los instrumentos de poder. En las sociedades primitivas, este acceso conducía mediante la fuerza física al poder condigno; es una fuente de poder que aún conserva en algunos hogares o comunidades juveniles el macho más corpulento y musculoso. En los tiempos modernos, sin embargo, la personalidad está asociada fundamentalmente con el poder condicionado, con la capacidad de persuadir o de suscitar fe.

La propiedad o la riqueza otorga un aspecto de autoridad, una certeza de objetivos, y esto puede inducir a la sumisión condicionada. Pero, evidentemente, está asociada de manera fundamental con el poder compensatorio. La propiedad —los ingresos— suministra medios económicos con los que comprar sumisión.

La organización, la fuente más importante de poder en las sociedades modernas, se halla principalmente con el poder condicionado. Se da por supuesto que, cuando se busca o se necesita un ejercicio de poder, es preciso disponer de una organización. Desde la organización, como en el caso del Estado, tiene también acceso al poder condigno, a diversas formas de castigo. Y los grupos organizados tienen mayor o menor acceso al poder compensatorio a través de la propiedad de que están investidos.

Esto suscita una última cuestión. Así como existe una asociación primaria, pero no exclusiva, entre cada uno de los tres instrumentos por los que se ejerce el poder y una de las fuentes, así también existen numerosas combinaciones de las fuentes de poder y los instrumentos conexos. La personalidad, la propiedad y la organización se combinan en proporciones diversas. De ello deriva una variable combinación de los instrumentos para la imposición del poder. El aislamiento y separación de las fuentes e instrumentos en cualquier ejercicio concreto del poder, la valoración de su importancia relativa y la consideración de los cambios de importancia relativa operados a lo largo del tiempo constituyen la tarea de este libro.

En los primeros momentos del cristianismo, el poder se originó con la vigorosa personalidad del Salvador. Casi inmediatamente, surgió una organización, los Apóstoles, y con el tiempo la Iglesia como organización se convirtió en la más influyente y duradera de todo el mundo. De sus fuentes de poder no era la menor su propiedad y los ingresos de que por ello disponía. De la combinación de personalidad (la de la Presencia Celestial y de una larga línea de dirigentes religiosos), la propiedad y, sobre todo, la organización única surgieron la creencia condicionada, los beneficios o la compensación y la amenaza de castigo condigno, en este mundo o en el otro, que, en conjunto, constituyeron el poder religioso. Tal es el complejo de factores incorporados a este término y, en gran medida, ocultados por él. Poder político, poder económico, poder corporativo, poder militar y otras referencias semejantes ocultan similar y profundamente una interrelación igualmente diversa. Cuando se menciona, no se persigue penetrar en su naturaleza interior.[4] Mi interés en estos

4. Como ya otros han sostenido. «Quizá no hay en toda la gama de las ciencias sociales ningún tema más importante ni, al mismo tiempo, tan gravemente olvidado como el

momentos se centra en lo que con tanta frecuencia se mantiene oculto.

Examinaremos, primeramente, los instrumentos por los que se ejerce el poder, y, luego, las fuentes. A continuación, pasaremos a la forma en que el poder se ha desarrollado a lo largo del tiempo y a su realidad en nuestros días. Pero, antes, es necesario considerar las finalidades por las que las personas buscan el poder y también el estado de ánimo con que aborda uno el tema.

5

Como ocurre con tantas de las cosas relacionadas con el poder, los fines por los que se busca son ampliamente percibidos, pero raramente enunciados. Los individuos y los grupos buscan el poder para promover sus propios intereses, incluyendo, en particular, su propio interés pecuniario. Y para extender a otros sus valores personales, religiosos o sociales. Y para obtener apoyo a su percepción económica o social del bien público. El empresario compra la sumisión de sus obreros para servir a sus fines económicos..., para ganar dinero. El líder religioso persuade a su congregación o a su público de radio o televisión porque considera que debe infundirles sus creencias. El político busca el apoyo, es decir, la sumisión, de los votantes para poder permanecer en su puesto. Prefiriendo el aire puro al contaminado, el ecologista busca imponer el respeto a su preferencia a los que construyen automóviles o poseen fábricas. Éstos buscan la sumisión a su propio deseo de costes más bajos y menos regulaciones. Los conservadores buscan sumisión a su concepción del orden social y económico y a las acciones conexas; los liberales o los socialistas buscan una sumisión similar a las suyas. En todos los casos, como se advertirá suficientemente en los capítulos siguientes, la organización —la reunión de quienes tienen intereses, valores o percepciones similares— forma parte integrante de la obtención de esa sumisión, de la búsqueda de poder.

---

papel del poder en la vida económica.» Melville J. Ulmer, «Economic Power and Vested Interests», en *Power in Economics,* dirigido por K. W. Rothschild (Harmondsworth, Eng.: Penguin Books, 1971), pág. 245.

El lenguaje cotidiano comenta regularmente las razones por las que se persigue el poder. Si se constriñe al interés de un individuo o de un grupo, se dice que está siendo buscado con fines egoístas; si refleja el interés o la percepción de un número mayor de personas, se considera a los implicados en él inspirados dirigentes o estadistas.

Se comprende también que los fines por los que se busca el poder serán a menudo amplia y reflexivamente ocultados mediante astutas tergiversaciones. El político que busca ocupar un puesto en beneficio de los intereses pecuniarios de adinerados favorecedores derrochará elocuencia para describirse a sí mismo como un benefactor público, incluso como un diligente y abnegado amigo de los pobres. El empresario adecuadamente educado ya no emplea obreros para incrementar sus beneficios; su finalidad más profunda es suministrar empleo, promover el bienestar de la comunidad y asegurar el éxito del sistema de libre empresa. El ferviente evangelizador está abiertamente preocupado por la salvación de los pecadores, llevando a los perversos al camino de la gracia; antiguamente se sabía que tenía los ojos puestos en la bandeja de colecta. Un cinismo profundamente arraigado y sumamente valioso es la apropiada y frecuente respuesta a todas las confesiones de los fines del poder; se expresa en la omnipresente pregunta: «¿Qué busca realmente?».

Mucho menos apreciado es el grado en que la finalidad del poder es el ejercicio del poder mismo.[5] En todas las sociedades, desde las más primitivas hasta las ostensiblemente más civilizadas, el ejercicio del poder es saboreado con intensidad. Refinados rituales de acatamiento —multitudes desbordantes de admiración, discursos aplaudidos, precedencia en cenas y banquetes, un puesto en la caravana de automóviles, acceso al reactor de la compañía, el saludo militar— celebran la posesión de poder. Estos rituales son altamente gratificantes. Y también lo son, desde luego, los

5. «El individuo sano que obtiene poder, lo ama», doctor Harvey Rich (psicoanalista de Washington, citado en el *New York Times* del 9 de noviembre de 1982. Bertrand de Jouvenel presenta la cuestión más gráficamente: «El líder de cualquier grupo de hombres..., siente con ello una ampliación casi física de sí mismo... El mando es la cumbre de una montaña. El aire que allí se respira es diferente, y las perspectivas que desde allí se divisan son diferentes de las que se ven desde el valle de la obediencia». (*On Power: Its Nature and the History of Its Growth* [Nueva York: Viking Press, 1949], pág. 116.)

actos de ejercicio, las instrucciones a los subordinados, las órdenes militares, la comunicación de decisiones judiciales, la declaración emitida al final de la reunión cuando la persona que está a su frente dice: «Bien, eso es lo que haremos». Del contexto y del ejercicio del poder deriva una sensación de valía autoinducida. En ningún otro aspecto de la existencia humana se halla la vanidad sometida a tanto riesgo; en palabras de William Hazlitt, «el amor al poder es el amor a nosotros mismos». De lo que se desprende que el poder es perseguido no sólo por el servicio que presta a intereses personales, valores o percepciones sociales, sino también por sí mismo, por las recompensas emocionales y materiales inherentes a su posesión y ejercicio.

Sin embargo, una cuestión de decencia básica impide admitir demasiado abiertamente que el poder es deseado por sí mismo. Se acepta que un individuo pueda buscar poder para imponer a otros sus valores morales, o para promover una visión de la virtud social o para ganar dinero. Y, como se ha apuntado, es permisible enmascarar una finalidad con otra: el propio enriquecimiento puede ocultarse tras el servicio a la comunidad, un sórdido designio político tras una apasionada declaración de entrega al bien público. Pero no es permisible buscar el poder simplemente por el extraordinario placer que produce.[6]

Sin embargo, aunque no puede confesarse la búsqueda del poder por el poder, la realidad es, como siempre, parte de la conciencia pública. Se describe frecuentemente a los políticos como «hambrientos de poder», siendo la evidente implicación de ello que buscan el poder para satisfacer un apetito. Unas empresas absorben a otras, no para obtener mayores beneficios, sino para obtener el poder que entraña la dirección de una empresa mayor aún. También esto se admite. Los políticos estadounidenses —senadores, congresistas, funcionarios de gabinete y presidentes— sacrifican de ordinario riqueza, tiempo libre y muchas otras cosas a los rigores de su cargo público. Es evidente que el ejercicio no específico del poder y el acceso a sus rituales constituyen parte de la razón que les induce a ello. Quizá sólo

6. John F. Kennedy, hombre de una cierta candidez en sus expresiones públicas, estuvo a punto de hacerlo. «Me presento para presidente —dijo— porque en eso es donde está la acción.» Al hablar de *acción* se estaba refiriendo al poder.

para quienes así son recompensados se hallan ampliamente ocultos los placeres del poder por el poder.

6

Una referencia al poder rara vez es natural; pocas palabras hay que produzcan una reacción tan admirativa o, frecuentemente, tan indignada. Un político puede ser visto por unos como un líder poderoso y, en consecuencia, eficaz; visto por otros, es peligrosamente inhumano. El poder burocrático es malo, pero los funcionarios públicos con poder para prestar un servicio público eficaz son muy buenos. El poder empresarial es peligroso; también lo es, sin embargo, una empresa mal administrada. En su ejercicio del poder, los sindicatos defienden inexcusablemente los derechos de los trabajadores; percibidos de otra manera, se hallan en profundo conflicto con la libertad de sus miembros y el bienestar de los empresarios y el público en general.

Mucho depende, evidentemente, del punto de vista, de las reacciones diferenciales que surgen en aquellos cuya sumisión se busca. El político que consigue una reforma fiscal que uno aprueba ha efectuado un juicioso ejercicio del poder; para quienes deben pagar, es o puede ser arbitrario, incluso desmesurado. La admiración por el ejercicio del poder que suscita un nuevo aeropuerto no es compartida por las personas cuya propiedad linda con la pista de aterrizaje.

La reacción al poder es también, en importante medida, un legado de su pasado. Hasta no hace mucho, los trabajadores negros de Estados Unidos y los siervos blancos de la Rusia imperial eran forzados a someterse a la voluntad del capataz, amo o terrateniente mediante la aplicación del látigo. Poder significaba poder condigno de una especie particularmente dolorosa y sanguinaria. El mundo ha tenido también miles de años de dura experiencia con la imposición condigna llevada a cabo por la organización militar, experiencia que aún no ha finalizado. Es esta historia la que le ha dado al poder su escalofriante reputación.

Además, como posteriormente veremos con detalle, gran parte del ejercicio del poder depende de un condicionamiento social que trata de ocultarlo. Se enseña a los jóvenes que, en una

democracia, todo el poder reside en el pueblo. Y que en un sistema de libre empresa toda la autoridad descansa en el consumidor soberano que opera a través del impersonal mecanismo del mercado. Se oculta así el poder público de la organización..., del Pentágono, las fábricas de armas y otras empresas y fuerzas de presión. Similarmente oculto bajo la mística del mercado y la soberanía del consumidor está el poder de las corporaciones para determinar o influir en los precios y los costes, para corromper o dominar a los políticos y para manipular la respuesta del consumidor. Pero queda finalmente claro que las organizaciones influyen realmente en el gobierno, lo doblegan, y con él al pueblo, a sus necesidades y su voluntad. Y que las corporaciones no se encuentran subordinadas al mercado; en lugar de ello, el mercado, que se supone debe regularlas, es, en cierta medida, un instrumento en sus manos para fijar los precios y los beneficios. Al entrar todo esto en conflicto con el condicionamiento social, provoca indignación. El poder así ocultado por el condicionamiento social y luego revelado parece profundamente ilegítimo.

Sin embargo, el poder, *per se*, no es objeto adecuado de indignación. El ejercicio del poder, la sumisión de unos a la voluntad de otros, es inevitable en la sociedad moderna; sin él no se consigue absolutamente nada. Es un tema que debe abordarse con mente escéptica, pero no con mente que adolezca de fijación en el mal. El poder puede ser socialmente maligno; es también socialmente esencial.[7] Debe formularse un juicio sobre él, pero no puede servir un juicio general que se aplique a todo poder.

7. «El poder tiene dos aspectos... Es una necesidad social... Es también una amenaza social.» De Jouvenel, *On Power,* pág. 283.